

Traducción comentada M^a Luisa Piñeiro Maceiras

EL ITINERARIO DE A. t'SERSTEVENS

POR LAS PROVINCIAS DE LEÓN Y BURGOS EN JULIO DE 1936

Albert t'Serstevens¹ fue un escritor de origen belga afincado en Francia. Nació en 1885 en Uccle (Bruselas) y murió en París en 1974. Pertenecía a una familia de la vieja nobleza belga, su padre era notario y su madre era originaria de Provenza. De ella heredó su pasión por las tierras del Sur y el Mediterráneo que le atraían más que el Norte. Se estableció en París en 1915 en donde vivió -cuando no estaba de viaje- hasta su muerte. Amigo íntimo del escritor francés Blaise Cendrars con el que compartía puntos de vista absolutamente dispares sobre la vida, Albert t'Serstevens viajó toda su vida. Era un erudito impregnado de cultura clásica, modesto, que dotaba a sus relatos de viajes de la mirada de un poeta, y de un humanista, junto con aventuras, descripciones de paisajes y estudios etnológicos; al mismo tiempo que mantenía puntos de vista de gran interés y muy actuales sobre el concepto de viaje.

A lo largo de su vida llevó a cabo múltiples periplos por diferentes países del mundo, entre ellos España, de la que era un apasionado y que recorrió en varias ocasiones antes de la Guerra Civil, durante la cual también fue corresponsal de guerra para un periódico parisino. Resultado de estos viajes españoles son las distintas publicaciones y ediciones de L'itinéraire espagnol (Paris, Edit. Plon, 1933); una reedición del mismo publicada en 1963 en Arthaud y sobre todo Le nouvel itinéraire espagnol (Edit. Segep, 1951), así como otra edición que data de 1953.

El 20 de julio de 1936 acompañado por Marie-Jeanne, con la que hizo casi todos sus viajes a España, y su gato Puma se detuvieron en León y en Burgos. A continuación presentamos la traducción comentada del relato de esas etapas del viaje, que resultan ser un documento de un gran valor etnográfico e histórico.

XXXVI DE SANTIAGO A LEÓN LA CORUÑA

Este fragmento del capítulo XXXVI corresponde a la visita que el autor hace a Astorga y que figura en la edición de *Le Nouvel Itinéraire Espagnol* Paris, Éditions Segep, 1951, que hemos utilizado para la traducción que presentamos.

Acampamos bajo un grupo de encinas para salir al alba, siguiendo una sierra cuyas crestas se iluminaban de anaranjado sobre un fondo de cielo violeta². Temprano por la mañana cruzamos Ponferrada que no es nada, y eran casi las siete cuando llegamos a Astorga³.

La ciudad merece un paseo y también detenerse en la zona de la catedral edificada, como la de Pisa, en los confines de la ciudad, incluso más allá de las murallas romanas, pues como en Lugo, queda de ellas un buen trozo. La fachada, de un bello estilo renacentista, está hecha de materiales diferentes, la torre norte en granito de un verde malva, la sur en granito rosa, el pórtico del centro, esculpido en una piedra calcárea casi color marfil. Esta diferencia no perjudica en nada al conjunto que produce una enorme sensación de júbilo y alegría con esos colores claros. También es alegre en el interior, alta, esbelta y rica sin ostentación, la verja del coro completamente dorada pero con una elegancia de líneas que me hace admirar una vez más a los

herrereros españoles. Encima del coro se puede ver una estatua ataviada de modo extraño, es un Maragato⁴, son montañeses iberos de los que nunca pudimos descubrir el escondite, aunque hayamos vuelto tres veces a Astorga⁵. Lo siento de veras pues estos focos de la España primitiva, como Mojácar o las Hurdes, son cada vez más escasos. Sin embargo, todavía se puede hacer etnología histórica con tuomo gasto y esfuerzo que en las islas Hébridas o en las Tuamotu.

Hacia León, se extiende la enorme terraza de la Meseta sembrada de pueblos de ladrillo crudo⁶, como en el sur de Valladolid, que están agrupados en su indigencia entorno a una alta iglesia de piedra. Quizá sean todavía habitáculos más miserables esos túmulos que se ven de cuando en cuando en medio de los tejados rojos, son viviendas o silos que guardan la semilla humana o el trigo.

XXXVII LEÓN

Aquí me hace falta poner la marcha atrás a mi máquina de explorar el tiempo, para situarme en nuestra primera visita a esta ciudad de nombre amenazante⁷. Volvimos varias veces, pero las circunstancias de la primera visita fueron demasiado inesperadas para que hoy no dude en retroceder quince años esta escala de mi itinerario.

Aquel año, volvíamos de Portugal por Ciudad Rodrigo, Salamanca y Zamora y queríamos visitar al pasar esta an-



Foto tomada del libro dedicado a Loty, editado por la Diputación de León

tigua ciudad de León de la que nos habían contado maravillas. Llegamos el lunes 20 de julio de 1936, a las once de la mañana, con un tiempo de sol y de calor.

Al llegar a la plaza de la Libertad⁸, encontré un poco de sombra para el coche cerca del Gobierno Civil, y me disponía a dejarlo allí cuando se acercó un guardia civil: alto y delgado, con el cinturón reluciente y el gran tricornio de cuero, se parecía a un destornillador bien pulido y me dijo:

-¿Tiene usted la intención de dejar el coche aquí?

-¿Está prohibido?

-No, pero le aconsejo muy fervientemente que lo deje al abrigo en un garaje.

Lo dijo con un tono tan cortés y tan persuasivo que nos subimos al coche y lo llevamos un poco más lejos a un garaje en donde lo dejamos al cuidado de Puma⁹. A continuación fuimos a comer al Hotel Oliden, un gran edificio moderno, al otro lado de la plaza¹⁰. El comedor, situado en el primer piso, era de un lujo convencional, con amplios ventanales abiertos a esta plaza de construcción reciente rodeada de edificios sin alma. Desde este observatorio se divisaban las hileras de casas de tres avenidas; enfrente casas altas de siete pisos; a la izquierda un gran café con un tejado en terraza. El sol de mediodía inundaba el cielo.

Menú el previsto, *huevos a elegir o bistec con patatas*, el eterno menú de una cocina sin imaginación.

Dos de la tarde¹¹. Estamos tomando el café. Se oyen disparos lejanos. Todos los guardias civiles que ocupaban la plaza se escabullen arrimados a las paredes y desaparecen en la primera esquina. En menos de nada la plaza se vacía. Y de repente, de la calle que va a la catedral¹², surgen unos cincuenta soldados de infantería que se transforman en tiradores. Se oye un grito fuerte: *¡Viva España!* Corren disparando hacia adelante frente a las avenidas en las que los obreros se dispersan.

Nos tiramos todos al suelo. Un grupo de señores gatearon hasta los servicios en donde estuvieron encerrados hasta por la noche: no sentían curiosidad por lo que estaba ocurriendo. Nosotros nos escondimos detrás de un tabique desde donde se podía seguir el combate. El tiroteo causó

estrágos. Dos ametralladoras, en las esquinas de cada calle barrían las hileras de casas. En la zona en la que nos encontrábamos se producía un ruido ensordecedor. Intentaban tomar el Gobierno Civil en el que los obreros y los Guardias de Asalto se resistían al levantamiento de las tropas. Todo ocurría justo detrás del hotel, en la calle de Renueva en donde yo había dejado al principio el coche: no hubiese quedado nada de él, ni siquiera el gato, y el guardia civil que me aconsejó debía saber de qué tipo de revuelta se trataba¹³. Los soldados se desplazaban pegados a las fachadas y tiraban granadas a las ventanas del edificio del Gobierno Civil al mismo tiempo que las ametralladoras hacían retroceder a los sitiados.

Cosa rara, nuestro hotel parecía tabú: ni una bala en los cristales. Sin duda existían buenas relaciones entre el dueño y los insurrectos¹⁴.

En cuanto nos dimos cuenta, íbamos de ventana en ventana siguiendo el combate.

En la avenida de la Estación¹⁵, había obreros escondidos en los portales y disparaban de vez en cuando con revólveres, cosa que adivinábamos por los gestos pues casi no se oía el estallido de esas armas pueriles. Vi caer a dos, y después a la mayoría de los demás: debían de estar disparándoles desde los tejados de enfrente¹⁶. Ahora estoy seguro de que los guardias civiles estaban al corriente del asunto pues los vi aparecer detrás del ejército y disparar al mismo tiempo que ellos: simplemente dieron la vuelta a la manzana para pasar del Frente Popular al grupo de los rebeldes.

La zona del Gobierno Civil se sigue resistiendo. La terraza del café se convirtió en el bastión de las ametralladoras que disparan de refilón al Gobierno. Retumba por ráfagas. En los escasos segundos de silencio que existían, sólo se oía el ruido del ascensor que transportaba guardias cargados con bombas de aluminio. Yo les acompañé con sus proyectiles hasta la terraza del hotel desde la que se divisaba muy bien el edificio del Gobierno Civil desde arriba. Las bombas perforaban las tejas, estallaban haciendo enormes agujeros y una inmensa polvareda de yeso salía por cada brecha.

Al volver al *hall*, un capitán entró con un revólver en mano. Estaba harto de esta resistencia, e iba a quemar el Gobierno Civil.¹⁷ Se dirigió al maître vestido de negro y le dijo:

-¿Tiene Vd. gasolina?

El otro, apurado, rebuscó en los bolsillos, se cacheó el cuerpo y por fin sacó del bolsillo del chaleco una de esas minúsculas botellas de recargar mecheros. A nadie le hizo gracia, nadie tenía ganas de reírse. Un joven botones dijo sollozando:

-¡No irá Vd. a hacer eso, capitán!

-¡Es necesario!

Uno de sus hombres trajo un caldero esmaltado. Muy protegidos por las ametralladoras, fueron a llenarlo a una

gasolinera. No pude ver la continuación porque tuvo lugar en un callejón detrás del hotel, pero dos minutos más tarde el edificio empezó a arder. Los que lo defendían se rindieron enseguida. Estaba yo en el balcón interior del *hall*¹⁸, cuando trajeron a los primeros prisioneros, cinco guardias de asalto y un capitán de Infantería, eran todos hombres corpulentos de al menos cuarenta años¹⁹. Caminaban lentamente con los brazos en alto y el cañón del fusil en los riñones; cuando estuvieron todos contra la pared, diez fusiles les apuntaban. Nunca oí gritos humanos tan horribles. Cerré los ojos, también quisiera haber cerrado los oídos...

No dispararon. Después de una escueta orden todas las culatas golpearon las baldosas. Un minuto después, los prisioneros estaban sentados en los sillones de mimbre, y el *maitre* uniformado les servía vasos de agua en una bandeja de metal: son cosas de la guerra civil que no hay que intentar entender. Trajeron a otros prisioneros de afuera: eran empleados del Gobierno Civil y obreros comunistas. Estos últimos no se hacían ninguna ilusión sobre su suerte, pero echados en el suelo se repartían cigarrillos; e incluso, mientras que Marie-Jeanne vendaba a uno de ellos que estaba herido en la cabeza, le echaban *piropos*, es decir cumplidos en verso. En España, la muerte no tiene el mismo significado que para nosotros; es una imagen familiar; se encuentra en medio de todas las representaciones de la vida. No hay que juzgar a este país con nuestra aprensión de las cosas fúnebres.

A las cinco, aún seguía el combate en la plaza y en los alrededores, hasta la Casa del Pueblo. De cuando en cuando traían a otro grupito de prisioneros. Como en toda reunión humana, entre estos condenados rápidamente se formaban dos clanes: los graduados y los empleados, unos estaban sentados alrededor de una mesa de caña; los demás, los obreros se agrupaban al lado de las paredes en cuclillas sobre los talones. Vi a uno de ellos sacar del bolsillo unas balas de revólver y esconderlas detrás de un radiador. Nadie sabe lo que le espera, pero simplemente tienen aprecio a la vida. Otro pidió un bocadillo enorme, pero en el momento de morderlo, se apoderó de él un pensamiento terrible y lo dejó sin probar bocado; nadie lo tocó. Sin embargo, todos bebían vasos de agua uno detrás de otro. Ahora empezaba la tragedia para ellos. Durante el fuego de la acción no pensaban en nada; incluso era divertido. A estas horas, se podían cometer muchas cobardías y que, por supuesto, tienen que ver, no con la idea de morir, pero sí con la de sufrir.

En todo caso, la cosa no va a tardar en arreglarse. Un insurrecto que todavía no conozco, entra en el *hall*, es un hombre muy grande, con unas manos enormes que mueve lentamente. Lleva un paquete de cuerda delgada, completamente nueva en un rollo bien hecho. Sin levantar la voz, manda acercarse a dos prisioneros de los de la pared y los ata uno a otro por las muñecas, la muñeca derecha de uno con la izquierda del otro. Es un trabajo difícil, porque tiene que pasar todo el rollo de la cuerda para hacer los nudos. Los prisioneros se interesan por la faena, faltó poco para que colaborasen. El cabo de la cuerda pasa después a otros dos que ata de la misma manera, y después a otros dos. Al cabo de una hora, hay veintidós parejas, todos obreros, y como sobraba un trozo largo de cuerda, el último se ofreció a llevarla con la mano que le quedaba libre, como

si se tratase de algo ajeno. Luego el cortejo se fue por una puerta de servicio, escoltado por soldados.... No sé lo que fue de ellos...²⁰

Hacia las seis, Marie-Jeanne palidece y da un grito. Pensé que la habían herido con una bala perdida y me acerqué a ella.

-¡Dios mío!

-¿Qué te pasa?

-¡El gato! ... ¡No ha comido desde esta mañana!

Era cierto... Los hombres tampoco, pero están acostumbrados a valerse por sí solos, y tienen razones para no tener apetito.

Ella fue a someter al capitán este grave problema de alimentación: tenía que llevar absolutamente la comida a su gato. Un oficial español es al menos tan caballeroso como un oficial francés, se inclinó y dijo:

-Vaya, señora, no corre usted ningún riesgo.

Para ello tenía que cruzar la plaza barrida por las ametralladoras. Entonces intervine yo.

-Le ruego que no se mezcle en esto, me dijo cortésmente el capitán, o le hago fusilar.

Fue un argumento importante. Sin embargo, me atreví a decir:

-La van a matar...

-No tiene nada que temer, señor; un español nunca dispara a una mujer.

Prepararon corriendo un poco de pescado, lo pusieron en un platito envuelto en una servilleta y Marie-Jeanne, muy convencida, se acercó a la entrada. En ese mismo momento, como si de una orden se tratase, se interrumpieron los disparos de ambos lados. Ni un disparo mientras que la señora, con su paquete en la mano cruzaba sin prisa la plaza, sin embargo se oían gritos de ambas partes: *¡Olé, guapa! ¡Olé, cariño!* Y en cuanto llegó a la calleja de enfrente, se pusieron de nuevo a disparar para recuperar el tiempo perdido. Lo mismo sucedió a la vuelta pero Marie-Jeanne contestaba a los piropos con sonrisas. ¡Qué razas tan raras! Lo digo en plural porque Marie-Jeanne es francesa...

-¡Lo ve!, me dijo el capitán.

-Sí, pero hubiera preferido acompañarla...

-No hubiese llegado lejos; ¡le habrían disparado en cuanto hubiese salido!

De repente, a las ocho en punto, mientras que el tiroteo continuaba, toda la ciudad se iluminó: los insurrectos habían ocupado la central eléctrica. Los faroles proyectan una luz cegadora sobre unos adoquines resplandecientes de soledad. Las grandes vitrinas de los escaparates, intactas o rayadas por las balas, brillan con todas las lámparas encendidas. Lo que no se sabe en esta pelea confusa, es de dónde puede surgir una respuesta. Toda ventana que se entreabre es inmediatamente ametrallada. Lo digo con conocimiento de causa, por haber querido abrir las contra-

ventanas, en la habitación que habíamos alquilado, y que fueron inmediatamente acribilladas por las balas. Pegándome a la pared pude llegar al interruptor, apagar la luz, y entonces el fuego se detuvo de inmediato.

Con el reflejo que pasaba a través de las láminas de las contraventanas, nos sentamos los dos en el borde de la cama, fuera del ángulo de tiro.

-Si esto sigue así, me dijo Marie-Jeanne, ¿cómo vamos a visitar la ciudad?

-¡No hemos dado un rodeo tan largo para nada! Al menos tenemos que ver la catedral y las murallas romanas: es clásico y obligatorio.

¡Hay tanta inconsciencia en los viajeros! Yo creo que si me hubieran capturado los antropófagos, estaría tomando notas y fotos hasta el momento de la cocción final.

Durante toda la noche, el tiroteo crepita por ráfagas, pasan camiones pitando y los gritos de *¡Viva!* y *¡Arriba España!* inundan las calles desiertas. Es sin duda el momento más patético de la jornada, por el estallido de las voces, de las bocinas, de la violencia de los disparos en el medio de un flaco silencio.

Por la mañana, los falangistas hacen el relevo de las tropas: son jóvenes imberbes, con la cabeza descubierta o con sombrero de fieltro, el cinturón nuevo sobre una gabardina clara, y un brazalete de tela blanca con el sello de la guarnición. Tienen mucho celo y son mucho más peligrosos que la tropa puesto que no tienen costumbre de manejar armas de fuego y tienen que servirse de ellas de cualquier manera.

Una tras otra, las ventanas se van abriendo y se engalanan de telas blancas como símbolo de sumisión, las mismas que se exhiben en los balcones el día de Corpus Christi, colchas tricotadas, sábanas con encaje, bandas largas de seda o de algodón. Parece que la ciudad espera una procesión²¹.

El capitán nos deja salir:

-¡Bajo su responsabilidad, señor! No le garantizo nada... Pero por favor, deje aquí su cámara de fotos: le pueden fusilar por espía.

Me tuve que hacer a la idea ya que no dejaban de amenazarme. No habíamos llegado al centro de la plaza y ya nos habían hecho poner los brazos en alto y me habían registrado a mí solamente. Un español no consentiría que tocasen a una mujer. Yo les explico:

-Turistas, somos turistas franceses...

-Muy bien.

Y nos dejan ir a visitar la ciudad, nos paran y me cachean en cada cruce. Es una gimnasia cansada para unos turistas inocentes. Hay pocos desperfectos. Es impresionante la cantidad de balas que se necesitan para romper una farola. Sin embargo, vemos un quiosco de periódicos acribillado como una espumadera. Detrás de lo que fueron cristales, cuelgan de pinzas de la ropa canciones con el retrato del autor: una bala le traspasó el pecho a Maurice Chevalier. Como no pretendemos correr la misma suerte que este héroe, nos escondemos en un portal cada vez que empieza el tiroteo; la cosa debe de venir de los jóvenes de las gabardinas. Hace falta tener mucha madurez para no usar

un fusil que le hayan puesto a uno entre las manos: ¡qué poder y qué ruido! Nuestra meta consiste en no encontrarnos en su trayectoria.

Primero vamos a tranquilizar a Puma. Lo encontramos dormitando en el fondo de su cama, y ni siquiera se despierta. De ahí, vamos hacia las murallas romanas, por supuesto, pero pasando por San Isidoro. Mis notas revelan interrupciones fortuitas. Son bastante sucintas, pero tienen circunstancias atenuantes. Las copio sin cambiar nada:

San Isidoro, bella iglesia románica. La torre se parece a la de Saint-Germain-des-Prés. Dos pórticos: uno con elementos renacentistas, con un remate de papa belicoso²², el otro románico, elegante, del color de San Gabriel Tarascón, un bonito descendimiento de la cruz en el frontón. La iglesia tiene una mitad calcárea...

Al final de la calle aparece un grupo de jóvenes bien vestidos que se ponen a disparar sin razón alguna. Nos escondemos en un porche, pero nos alcanzan enseguida - ¡manos arriba!- y me cachean por quinta vez.

-Turistas, somos turistas franceses...

Me miran con lástima, y se van encogiéndose de hombros. ¡Me da igual! Lo importante es que me dejen trabajar en paz:

...la otra mitad en ladrillo español color barro. A la izquierda, el zodiaco encima del sacrificio de Abraham. Iglesia cerrada, no se puede ver el interior, no está el sacristán.

¿Dónde diablos puede estar ese sacristán? Su deber más elemental, ¿no es el de estar presente para abrir la puerta a los turistas? ¡No vale la pena hacer revoluciones para llegar a tan poca conciencia profesional!

Así que protestando, como cualquier francés que se precie, tomamos el camino de la catedral por callejas sinuosas en las que no había ni un alma, pero sí banderas blancas en todas las esquinas. ¡Aquí está por fin la catedral!

Demasiado restaurada, desnuda en medio de unos jardines públicos, sin alma. La fachada recuerda a la de Burgos pero sin ser esbelta, patiocorta como muchas españolas. Pórtico con estatuas como las de Reims o Bruges, un poco pesadas. Pináculos toscos. Sin pátina.

Hay tropa todo alrededor y hasta en los dos campanarios. Un lugarteniente, con casco estilo alemán, va y viene delante del pórtico. Le explico mi deseo de visitar el interior:

-Somos turistas franceses...

Reacciona muy mal, me aconseja encarecidamente volver al hotel si no quiero que me fusilen...

¡Otra vez!

Y al ver que nos dirigimos hacia el sitio en el que el plano indica que están las murallas romanas, nos recordó:

-¡Por ahí no! ¡Está prohibido!

Tendremos que volver dos años más tarde, para ver esas piedras romanas sin interés y pasear sin problemas bajo las ojivas de la catedral, muy bella por cierto y que por sus retablos, sus verjas y sus vidrieras, valía un nuevo viaje.

La táctica de la lucha en la calle exige que caminemos lo más cerca posible de las paredes. Así es como llegamos a la plaza de la Constitución²³:

Encantadora plaza popular, con soportales regulares en tres lados, en el otro el Consistorio de un renacimiento tardío, con una piedra de un color suave. Fuente con Neptuno de soslayo, a decir verdad. Plaza del mercado en tiempos mejores, hoy no hay nadie, estamos solos.

Hacia mediodía, en el momento en que llegamos a la plaza de la Libertad²⁴, un oficial con una corneta y un tambor se detiene en el centro de la plaza. Toque y redoble. Con una voz alta y clara, leyó una proclama. Cinco puntos. Sanción: el paredón. Devolver las armas antes de que anochezca –Todos los obreros retomarán el trabajo inmediatamente –Todos los empleados volverán a las oficinas inmediatamente²⁵ –Prohibición del derecho de huelga y de cierre –Todos los establecimientos públicos, cafés, tiendas, etc., deberán abrir las puertas de nuevo antes de las tres.

Parecía que la ciudad no esperase más que esto. Bruscamente, las calles se llenaron de gente. A las dos, todas las tiendas estaban abiertas. A las tres, las terrazas de los cafés estaban llenas de los habituales paseantes. Las chicas paseaban, peinadas y arregladas. Se formaban pequeños grupos, como cada día, delante de los aparatos de radio en los que sonaban seguidillas.

La muerte estaba por todas partes, pero la vida continuaba.

La continuación de mi itinerario sigue desde aquí hacia Oviedo: más adelante hablaré de esa etapa. Pero el 22 de julio de 1936 teníamos que llegar a Burgos para volver a Francia por el camino más corto. No aconsejo a nadie, sobre todo durante una guerra civil, tomar la carretera que elegimos. Sigue caminos apenas indicados en el mapa, a través de campos abandonados por el miedo. Al ver este coche que no llevaba más que dos turistas franceses, un gato y cajas de alfarería portuguesa, en los pueblos sonaba el toque de queda como si fuéramos un batallón de comunistas²⁶. En Melgar, unos cien campesinos armados de fusiles de caza, de hachas y de garrotes bajaron hacia nosotros por la ladera de un collado. En esos casos, sólo hay una cosa que hacer: bajar del coche y acercarme a su encuentro, con los brazos en alto. Me rodean con sus pobres caras en las que hay más miedo que amenaza.

-Turistas, somos turistas franceses...

No saben muy bien lo que es, pero cuando me empujan hacia el coche sólo encuentran a una mujer sonriente, y a un gato adornado con cascabeles y medallas:

-¡Está bien!

Y como habían construido un poco más lejos una barricada de carros y de bidones de gasolina, deshacen la mitad para dejarnos pasar gritando:

-¡Arriba España!

A veces los emboscados nos mandan ráfagas de fusil.

-¡Oh! ¡Los cacharros de barro! Grita Marie-Jeanne.

Pero sus armas de caza no llegan tan lejos o disparan mal, pues no nos llegó ni un grano de plomo. En Saldaña, una banda de energúmenos nos cortó la carretera, subieron a los estribos del coche y nos pusieron revólveres en las sienas. Es peligroso, pues uno de estos imbéciles podría apretar el gatillo sin querer. El cura llegó corriendo enrojado y sudando se abalanzó sobre ellos gritando:

-Abajo, ¡coño!

Esta última palabra, en boca de un venerable eclesiástico, hizo explotar de risa a Marie-Jeanne. Los otros obedecieron devotamente, y todos incluido el cura, nos saludaron con la mano levantada

En Villasandino, se combatía en la maleza, a la derecha de la carretera, mientras que los campesinos a la izquierda llevaban el trigo a la cosechadora: ¡una imagen admirable de la vida!

Hacia el mediodía, llegamos a Burgos. Allí había habido combates durante dos días, me dijo Jouvenel, corresponsal de un periódico parisino, y aún los había por las noches. Pero se podría creer que no pasa nada: soldados y civiles en las terrazas de los cafés, paseo a las seis, como cada día, las chicas arregladas, con una risa un poco nerviosa. Una orquesta militar tocaba en el quiosco del Espolón. Esperábamos oír un aire marcial o una marcha heroica pero tocaron un tango. En cuanto cae la noche, el tiroteo se reanuda en las calles. Como volvimos tarde al hotel, encontramos a un soldado dormido en cada paso de las escaleras, y como no podíamos subir por allí, lo intentamos por el ascensor en donde también encontramos a otros dos acostados.

A. t'Serstevens

Le Nouvel Itinéraire Espagnol Éditions

Segep 1951



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALVAREZ OBLANCA, W. y SERRANO, S. (1987), «La Guerra Civil en León», en *Tierras de León*, nº 67, 30 junio de 1987.
 RUÍZ VILAPLANA, A. (sin fecha), *Doy Fe ... Un año de actuación en la España nacionalista*, Barcelona, Ediciones Españolas.
 RUÍZ VILAPLANA, A. (1937), J. *Sous la foi du serment. Un année en Espagne Nationaliste*, Paris, Jean Flory.
 T'SERSTEVEN, A. (1951), *Le Nouvel Itinéraire Espagnol*, Paris, Éditions Segep.

¹ El apellido t'Serstevens, -con t minúscula- tiene una explicación histórica. La t' fue atribuida en el siglo XIV a determinadas familias belgas que participaban de modo activo en la organización de la ciudad de Bruselas. Por otra parte, hay que señalar que Ser quiere decir *linaje* en flamenco y Stevens constituye la parte nuclear del apellido.

² A. t'Serstevens, tal y como él mismo detalla en la introducción de su libro, viajaba en un coche acondicionado para poder dormir en él, en cualquier lugar que decidiese o donde no hubiese una opción mejor. Es este un elemento que forma parte de su personal idea del viaje. De este modo, podía disfrutar de amaneceres inverosímiles y otras ventajas desde su coche, que solía aparcar lo más cerca posible de la naturaleza.

³ Teniendo en cuenta los aproximados 60 kilómetros que separan Astorga y Ponferrada, así como también el estado de las carreteras en esos años, suponemos que t'Serstevens inició esta etapa de la que habla a las cinco o cinco y media de la mañana.

⁴ Suponemos que el autor habla de la estatua de Pedro Mato. Arriero maragato y personaje legendario y enigmático, símbolo de la ciudad y del que existen diversas leyendas respecto a su existencia. Esta estatua está situada actualmente en el exterior en un pináculo del ábside de la catedral. Desconocemos si dicha estatua, en algún momento, ha estado ubicada en el interior.

⁵ *NOTA DEL AUTOR: Si alguno de mis lectores lo consiguiera, le estaría muy agradecido si me pudiera hacer llegar algunas notas o fotos, sobretodo de tipos humanos.*

⁶ Hace alusión el autor al tipo de casas de las que aún quedan algunas actualmente, construidas con piezas de barro con paja moldeadas en forma de ladrillo y secadas al aire, llamadas adobes.

⁷ *NOTA DEL AUTOR: León quiere decir: Lion.*

⁸ Actual Plaza de Santo Domingo.

⁹ Puma es el nombre del gato con el que t'Serstevens realizó muchos de sus viajes.

¹⁰ El Hotel Oliden, inaugurado el 1 de febrero de 1928, fue durante mucho tiempo un gran hotel de León. Era propiedad de Celestino Oliden, empresario burgalés emprendedor y de renombre. Después de permanecer cerrado entre 1986 y 1993, ha sido restaurado y es el actual Hotel Alfonso V. La descripción que hace t'Serstevens, al pormenorizar los detalles de esos primeros días del levantamiento militar, vividos por un turista extranjero como él, resulta ser de gran interés para reconstruir los primeros momentos de algunas detenciones de autoridades civiles y/o sindicales leonesas de aquel entonces.

¹¹ «El lunes día 20 las organizaciones sindicales declararon la huelga general (...) A las 14,00 horas salieron a la calle las tropas del Cuartel del Cid, así como las fuerzas de la Guardia Civil y los números de asalto que se habían sumado a la rebelión. Ocuparon los puntos estratégicos de la ciudad y se declaró el estado de guerra (...)». Alvarez Oblanca, W. y Serrano, S. «La Sublevación y el triunfo del alzamiento militar», in *Tierras de León, La Guerra Civil en León*, nº 67, 30 de junio 1987, pág. 54.

¹² Actual Calle Ancha.

¹³ «El lunes día 20 las organizaciones sindicales declararon la huelga general y el Comité Sindical visitó de nuevo al gobernador (...)» Alvarez Oblanca, W. y Serrano, S. «La Sublevación y el triunfo del alzamiento militar», in *Tierras de León, La Guerra Civil en León*, nº 67, 30 de Junio 1987, pág. 54.

¹⁴ Según figura en el *Diario de León*, en el Hotel Oliden se alojaron personalidades militares de los sublevados como podemos constatar en la siguiente noticia que hemos recogido: «El Presidente de la Junta de Defensa Nacional don Miguel Cabanellas en León. Hoy le ha tocado la suerte a León. A las dos de la tarde llegó a nuestra ciudad acompañado del Inspector General de la guardia Civil Don Federico de la Cruz Boullousa. Almorzaron en el Oliden y a las tres pronunció ante el micrófono de Radio León una alocución (...) Al Oliden acudieron, tan pronto como les llegó la noticia, todas las autoridades y en las inmediaciones comenzó a reunirse público (...)», *El Diario de León*, día 31 de julio de 1936.

Asimismo también hemos sabido, según la actual Dirección del Hotel Alfonso V, que allí se alojaba la Legión Cóndor, fuerza de intervención aérea que envió Alemania para luchar en la Guerra Civil y ayudar a las fuerzas de Franco. Fue la responsable de ciertos bombardeos aéreos como el de la ciudad de Guernica, el 26 de abril de 1937.

¹⁵ Según hemos podido deducir, se debía de referir el autor a la actual Avenida Padre Isla, cuya denominación de Avenida de la Estación puede venir del hecho de que conduxese a la Estación de FEVE (Ferrocarriles Españoles de Vía Estrecha). De la Avenida de Ordoño II que conduce a la Estación de RENFE no sería posible hacer tal descripción puesto que desde el hotel no se ven los portales de la misma.

¹⁶ Esta situación parecería encontrar concordancia con alguna noticia publicada en el periódico de aquellos días como: «también se practicaron en León detenciones de individuos que se dedicaban a 'paquear' (actividad de los denominados francotiradores)», in *Diario de León*, 27 de julio de 1936. Hay que señalar que la publicación del periódico se detuvo, volviéndose a reanudar el 27 de julio y en cuya edición se presenta un resumen de los acontecimientos y actividades que se habían producido.

¹⁷ «El capitán Moral, con morteros y ametralladoras, se dirigió al Gobierno Civil, en el que estaban reunidas las autoridades civiles y algunos dirigentes sindicales que habían ido a entrevistarse con el gobernador ante el cariz que tomaban los acontecimientos (...)», Alvarez Oblanca, W. y Serrano, S. «La Sublevación y el triunfo del alzamiento militar», in *Tierras de León, La Guerra Civil en León*, nº 67, 30 de junio 1987, pág. 56.

¹⁸ Al *hall* del Hotel Oliden se abría un balcón interior circular a modo de corredor al que daban las habitaciones y dependencias del hotel de todos los pisos y que cubría una cúpula de cristal que iluminaba la estancia. Actualmente, y después de la remodelación que ha sufrido el hotel recientemente, esta cúpula ha sido desplazada y está situada en el último piso. Gracias a la gentileza de la actual dirección del hotel, hemos podido observar detenidamente que desde este balcón del primer piso, t'Serstevens poseía una perfecta visión de lo que acontecía en el *hall* y por lo tanto de cómo se desarrollaron esas primeras detenciones.

¹⁹ El relato de A. t'Serstevens concuerda exactamente con la descripción de los momentos de la declaración del estado de guerra el 20 de julio de 1936, en donde se habla de los primeros detenidos: «Después de un breve tiroteo (...), los reunidos en el Gobierno Civil optaron por entregarse. Fueron detenidos, entre otros, el Gobernador Civil, Emilio Francés (...) el alcalde de la ciudad Miguel Castaño (...), el capitán Juan Rodríguez Lozano (...), Alfredo Barthe Delegado de CAMPESA, así como los Guardias de Asalto y los dirigentes (...)», Alvarez Oblanca, W. y Serrano, S. «La Sublevación y el triunfo del alzamiento militar», in *Tierras de León, La Guerra Civil en León*, nº 67, 30 de junio 1987, pág. 56. Esos primeros prisioneros llegados al Oliden eran sin duda el capitán Juan Rodríguez Lozano y los guardias de asalto a los que hace referencia el documento consultado.

²⁰ Según los datos consultados, sabemos que algunos de estos primeros prisioneros llegados al Hotel Oliden, cuyos primeros momentos de la detención describe A. t'Serstevens y sobre cuyo paradero se interroga, figuran en las listas de ejecutados en el Registro del Cementerio de León de Puente Castro: así, el Gobernador Civil Emilio Francés Ortiz de Elguea fue ejecutado el 2 de noviembre de 1936; el alcalde de la ciudad Miguel Castaño Quiñones, el 22 de noviembre de 1936; el capitán Juan Rodríguez Lozano, el 19 de agosto de 1936; y Alfredo Barthe Balbuena, que era Delegado de CAMPESA, también el 19 de agosto de 1936.

²¹ «El martes (21 de julio) amanece con muchas colgaduras blancas en ventanas y balcones», *Diario de León*, 27 de julio de 1936.

²² Se refiere el autor a la figura del obispo San Isidoro a caballo, que se muestra en este pórtico con atributos de Santiago Matamoros.

²³ Actual Plaza Mayor.

²⁴ Actual Plaza de Santo Domingo.

²⁵ Las primeras medidas represivas del Gobierno Militar tras la toma de poder aparecen también reflejadas en la prensa de esos días, y así aparece que «La comandancia militar, por orden del General de la División, militariza a todos los ferroviarios recomendándoles que entren al trabajo bajo severísimas penas». *Diario de León*, 27 de julio de 1936.

²⁶ Instrucción del Gobernador Civil militar de León a todos los ayuntamientos de la provincia, publicado en el *Diario de León* el 7 de agosto de 1936. «punto 6. En lo posible, procurarán establecer vigilancia con elementos falangistas y de orden a la entrada y salida del pueblo, dando el alto a los coches que circulen, para evitar que elementos perturbadores puedan entrar en la localidad». Constatamos que instrucciones semejantes se practicaban ya en la provincia de Burgos antes del mes de agosto de 1936.